



Las nuevas guerras: Algunas consideraciones críticas acerca de esta categoría conceptual

The new wars – Some critical views about this conceptual category

Autores:

Hugo Fernando Guerrero Sierra*
Janiel David Melamed Visbal**
Universidad de la Salle Bogotá Colombia

Fecha de presentación: Marzo 15 de 2013
Fecha de aceptación: Mayo 15 de 2013

Resumen

Las nuevas realidades de la guerra como fenómeno social han conducido al surgimiento dentro del ámbito académico del concepto de “Nuevas Guerras”. Esta expresión que sugiere procesos bélicos en los cuales han cambiado los componentes tradicionales que explicaban la dinámica de los conflictos frente a sus principales actores armados, las motivaciones de su accionar, su capacidad operativa en el terreno y los métodos de financiación empleados.

Sin embargo, el objetivo del presente artículo es precisamente analizar la evolución experimentada por la guerra como fenómeno social y explicar las recientes dinámicas que caracterizan las denominadas “Nuevas Guerras”, para llegar a la conclusión que algunas de las características planteadas por este concepto académico ya se venían presentando con anterioridad a la aparición de las guerras pre-modernas o anteriores al proceso de construcción del Estado moderno.

Palabras clave:

Conflictos armados, viejas guerras, nuevas guerras, relaciones internacionales.

*PhD Relaciones Internacionales Unión Europea y Globalización. hfguerrero@unisalle.edu.co

**Abogado especialista en Derecho Penal. Magister en Gobierno, Seguridad Nacional y Contra-Terrorismo.
jmelamed@unisalle.edu.co



Revista Academia y Virtualidad

Abstract

The new realities of war as a social phenomenon have led to an emergence within the academic field of concept “New Wars”, which suggests war processes where traditional constituents to explain dynamics of conflicts in terms of main armed actors, motivations, its operational competence in the field and financing methods, have changed.

However, the aim of this paper is to analyze the evolution of war as a social phenomenon and explain recent dynamics that characterize the so-called “New Wars”, concluding that some of the features arising from this academic concept already existed before pre-modern wars or before the process of building modern states.

Key words:

Armed conflicts, Old wars, New wars, International affairs.

Introducción

El fenómeno de la guerra se encuentra íntimamente ligado a la historia de la humanidad, y la naturaleza de su práctica violenta se relaciona con la consecución de objetivos políticos, económicos, sociales, culturales o ideológicos. En este sentido, desde su aproximación más simplista, Clausewitz (2008, p.29) afirma que la guerra es un fenómeno social y la asemeja a un duelo en mayor escala, donde cada uno de los luchadores en contienda intentan, a través del uso de la fuerza, imponer su voluntad sobre el otro.

Lo que solemos considerar como guerra, lo que los políticos y jefes militares definen como tal es, en realidad, un fenómeno específico que tomó forma en Europa entre los siglos XV y XVIII, íntimamente ligado con la evolución del Estado Moderno y que ha pasado por varias fases desde entonces (Kaldor, 2003).

Clausewitz, en su condición de militar con vasta experiencia en temas bélicos, realiza uno de los análisis de mayor relevancia del fenómeno de la guerra, según como él la percibía durante el siglo XVIII. Muchos de los conceptos y presupuestos planteados frente al fenómeno de la guerra siguen hoy aún vigentes, sin embargo es menester resaltar que la realidad bélica apreciada por Clausewitz no es exactamente igual a la actual, luego del transcurrir de los últimos siglos.

Es por esa razón que el estudio de este fenómeno conocido como guerra, y su posterior análisis desde un punto de vista académico, es motivo de interés e inquietud entre muchos académicos que afirman que la Guerra como tal ha venido experimentando un profundo y continuado de proceso de evolución desde sus inicios hasta nuestros días. Entre los más destacados académicos cuyos trabajos procuran explicar dicha transformación resaltan los postulados de Mary Kaldor (2003), y su clasificación entre “Viejas Guerras y Nuevas Guerras”.



Revista Academia y Virtualidad

Algunas de los postulados de Kaldor se centran en el cambio que las guerras han experimentado frente a diversos elementos característicos, entre los que destaca sus motivaciones ideológicas, sus finalidades de beneficio social, sus estructuras económicas, la posición protagónica que el Estado jugaba en el desarrollo de los conflictos, entre otras.

Por ello el objetivo del presente artículo es analizar la evolución experimentada por los conflictos armados como fenómeno social y explicar las recientes dinámicas que caracterizan las denominadas “Nuevas Guerras”, aunque resaltando que algunas de las características planteadas por este concepto académico ya se venía presentando en concepciones anteriores, desde el mundo académico.

La metodología utilizada para la elaboración del presente artículo fue de orden descriptivo, la cual permitió obtener, interpretar y presentar con el máximo rigor posible la información sobre una realidad de acuerdo con criterios previamente establecidos mediante la lectura o estudio de informaciones aportadas por fuentes de autoridad relevantes para el tema. Asimismo, la utilización del método de análisis de textos permitió durante la lectura de las fuentes referentes al tema, establecer conclusiones y, de manera particular, nuevos interrogantes que nutren el debate sobre los ejes centrales que son objeto de la investigación.

1. Mary Kaldor, Herfried Münkler, Mark Duffield y la teoría de las Nuevas Guerras

Desde el nacimiento y proceso de consolidación del Estado-Nación como forma de organización política, se han generado diferentes y nuevas formas de interrelación en la sociedad, entre las cuales la guerra cobra un relevante protagonismo.

Históricamente la guerra establece diferentes ángulos de percepción, entre los que el carácter belicista y humanitario adquiere una notoriedad privilegiada. Sin embargo, es igualmente evidente el papel que los conflictos armados adquieren en términos de gestación, evolución y consolidación de nuevas formas de entender la política y la sociedad en un ámbito espacio-temporal determinado. En este sentido, no es posible desligar el proceso de construcción social de las confrontaciones armadas que se gestan en el marco del mismo (Villegas, 1992).

El proceso de homogenización al que nos aboca el fenómeno globalizador, además de reposar en la construcción de un escenario de interdependencia a diferentes niveles y dimensiones, ha generado un importante resquebrajamiento del Estado como barrera de contención entre los ámbitos interno y externo. Cada vez más las fronteras pierden su capacidad de aislar y contener las realidades a las que se enfrentan actualmente los conglomerados sociales. Los conflictos armados también han logrado permear estas estructuras, logrando así redefinir las concepciones clásicas frente a las formas de operación, las fuentes de las que se nutren y las características de los actores que toman parte en ellos. Por tanto, la reinvencción del conflicto armado reafirma la idea de un sistema internacional en constante evolución.

En este sentido, Esther Barbé (2004) destaca cómo el sistema internacional está sumido en un proceso en el que interactúan diferentes elementos, tanto estáticos como dinámicos que conforman diferentes redes. Es así que el componente estructural del sistema internacional *“depende de cómo se ubican los diferentes componentes del mismo (actores) respecto de los otros, y el componente dinámico nos refleja cuáles son esos actores y cómo se da el reparto de poder entre los mismos”*.



Revista Academia y Virtualidad

Por tanto (continúa Barbé), la reacomodación de los componentes del sistema es lo que va a determinar la dinámica del proceso, y esa nueva forma de interactuar de los actores se debe analizar desde dos variables: los tipos de interacción y la intensidad de los mismos.

Dichas variables van a definir el rango de comunicación e intercambio entre los diferentes actores, en lo que se define como el “*continuum conflicto-cooperación*”, en donde encontramos cuatro posibles escenarios entre el nivel máximo de discordia que sería la guerra o conflicto armado, y la plena armonía que se define como la integración. Es así que encontraríamos en un extremo el conflicto seguido de la guerra y en el otro, la cooperación que de evolucionar materializaría un estado de plena integración.

A finales del siglo XX, como ya se había mencionado anteriormente, el contexto de los conflictos dio un giro radical, elevando exponencialmente el número de conflictos interestatales frente a los de orden wesfaliano. Aunque pocos de los conflictos actuales pueden considerarse como interestatales, es necesario señalar que estos también adquieren una dimensión diferente en la actualidad. Las guerras modernas se caracterizan por la confrontación entre dos o más partes, en las que se puede observar cierto punto de equidad en cuanto a armamento, estrategias y reclutamiento, lo cual genera una limitación espacio-temporal que excluye de las hostilidades a las zonas e individuos que no hacen explícitamente parte del conflicto (Münkler. 2004). Con todo, actualmente podemos ver casos como los de Afganistán e Irak, donde el concepto de equilibrio es revaluado por la ostentosa superioridad militar de una de las partes, y donde la debilidad militar del contendiente induce a pensar más en el concepto de invasión que en el de guerra (Herrman y Palmieri. 2003).

Una vez finalizado el esquema de estabilidad hegemónica de la Guerra Fría, en donde la paz era la consecuencia de un escenario de contención propiciado por el juego de disuasión militar y política entre potencias (Gilpin. 1982), los conflictos han venido adquiriendo nuevas dimensiones. En la actualidad, las confrontaciones armadas han dado un importante giro en la forma en que se conciben sus elementos.

Las fuentes de financiación, la naturaleza de los combatientes, el espacio físico y el tiempo en el que se desarrollan, las estrategias que se utilizan y los objetivos que se persiguen, son características que resultan cada día más difusas y difíciles de identificar en las guerras actuales. Hacia 1999 se planteó al interior del debate académico una diferenciación entre “*nuevas y viejas guerras*”, en lo que parece una alusión a una forma evolutiva en la manera de comprender los conflictos que predominan en los albores del siglo XXI. Es específicamente Mary Kaldor quien sugiere la aparición de nuevos elementos en los conflictos que se libran actualmente, lo que obliga a una diferenciación entre éstos y los modelos clásicos de confrontación.

El primer elemento de diferenciación al que apunta Kaldor (2003), es en cuanto al preponderante vacío ideológico de las “*nuevas guerras internas*”. Las ideas y con ellas, la materialización de proyectos políticos desaparecen frente al surgimiento de la “*política de la identidad*”. Mientras las propuestas ideológicas apuntan a la formulación de estrategias incluyentes en el marco de un imaginario de estructura social (al menos para quienes las comparten), las demandas identitarias tienden a caracterizarse por ser sectarias y estructuradas en la apología del pasado, sin plantear propuestas de organización futura. En este sentido, las antiguas guerras se caracterizan por enfrentar modelos



Revista Academia y Virtualidad

diferentes aunque propositivos de transformación política, mientras las nuevas se nutren de “retrógradas” reivindicaciones etno-nacionalistas, marcando una contraposición entre una naturaleza universalista presente en las guerras clásicas y el fundamentalismo característico de las actuales.

El segundo punto de comparación que nos propone Kaldor, es en cuanto al papel que las nuevas guerras asignan a la sociedad civil. Los antiguos conflictos se sustentaban en la lucha por introducir reformas que se concebían en beneficio de la sociedad, lo que generaba en no pocas ocasiones un fuerte apoyo de la sociedad civil, edificando lo que puede considerarse como una “base social”. Por el contrario, las nuevas guerras lejos de luchar bajo el beneplácito de buena parte de la sociedad, convierten a ésta en su principal objetivo, haciendo de los ataques masivos y del desplazamiento forzado, sus principales estrategias de combate. De tal manera que las guerras internas en la actualidad plantean una fuerte revaluación en cuanto al carácter centralizado del poder en el marco de esquemas jerarquizados de organización, generando formas desestructuradas de operación y combate, en donde el ejercicio de una violencia, cada vez más caracterizada por su crudeza, tiene como principal destinataria a la sociedad civil y no al aparato militar del Estado.

El tercer ámbito de diferenciación se refiere a las estructuras económicas de la guerra y sus fuentes de financiación. Las antiguas guerras mostraron un modelo de sostenibilidad basado en los aportes de simpatizantes tanto de ámbito local como internacional. Así pues, buena parte de sus fuentes provenían de potencias con intereses geopolíticos sustentados en la pugna por el triunfo de una determinada doctrina ideológica, tal y como ocurrió en el caso de la Unión Soviética y su apoyo a movimientos rebeldes en Latinoamérica y África durante la Guerra Fría: el MPLA y el FNLA en Angola,

el Frente Farabundo Martí en El Salvador, el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua y las FARC y el ELN en Colombia.

En el caso de las nuevas guerras el modelo de financiación cambia radicalmente, ante la ausencia de apoyo y recursos provenientes de la sociedad civil o de gobiernos aliados, el conflicto se alimenta de fuentes mucho más dispersas y oscuras. En el ámbito interno se hacen comunes el saqueo, el secuestro y la extorsión como métodos para acceder a los recursos en manos del Estado o de la sociedad civil. Además, en este tipo de conflictos presenciamos una fuerte transnacionalización de la financiación, la cual se refleja en la inserción de los grupos armados en redes internacionales del crimen que basan su lucro en actividades como las drogas ilícitas, el tráfico de personas, el comercio de armas y la falsificación de divisas entre otros negocios ilegales.

En términos generales, el análisis de Mary Kaldor describe el florecimiento de la violencia en un contexto de desinstitucionalización del Estado-Nación. Es decir, la fragilidad estatal y la pérdida del monopolio de la fuerza legítima determinan el estadio en el que se desenvuelven las llamadas nuevas guerras. De tal manera que la privatización de la violencia revierte la lógica evolutiva del Estado moderno, en donde la guerra implica necesariamente la construcción de estructuras políticas, sociales, económicas y militares sólidas, que le permitan afrontar de mejor manera las contiendas que asume internacionalmente. En contraposición, los nuevos conflictos internos tienen su auge en Estados caracterizados por el ascenso de la delincuencia y la corrupción en las esferas públicas, las crisis económicas y por tanto, el deterioro generalizado del concepto de legitimidad. (Kaldor. 2003).



Revista Academia y Virtualidad

Mark Duffield (2004), asume una línea argumental similar a la de Kaldor, apuntando a fenómenos de “*exclusión, delincuencia, pobreza y lucha por los recursos*” como fuentes de “*colapso, caos y regresión*” en los Estados modernos. Sin embargo, advierte que la identificación de causas resulta inútil para abordar el análisis de las nuevas guerras, ya que éstas deben entenderse en sí mismas como variables de cambio estructural. Aun así, su análisis contiene un importante componente causalista, ya que atribuye la aparición de las nuevas guerras al quebranto en las competencias del Estado como efecto directo de la pérdida del monopolio y la unidad territorial a manos de actores no institucionalizados. Igualmente, Duffield atribuye la aparición de los nuevos conflictos a una ecuación de inversa proporcionalidad, donde las competencias estatales disminuyen como consecuencia de las lógicas globalizadoras liberales, lo que obliga al Estado a retroceder en el dominio de competencias que tradicionalmente poseía.

La globalización hace que las “*distinciones convencionales entre gobiernos, ejército y población*” se relativicen a través del surgimiento y privatización de “*redes estatales y no estatales*”. Por tanto, las guerras se han ido adaptando al escenario de desregularización que la globalización propone, logrando beneficiarse de la aparición de nuevos modelos de economía paralela o sumergida, producto directo del aminoramiento del control del Estado. En ese orden de ideas, hablar de guerras al interior de un proceso de liberalización global, nos obliga a entender los nuevos conflictos bajo el concepto de “*guerras liberales*”, donde la confrontación no es producto de la luchas entre actores claramente definidos, sino de redes que procuran apropiarse de los recursos, propiciando una transnacionalización económica del conflicto que inevitablemente supera el ámbito estatal (Duffield, 2004), Cooper, Goodhand y Pugh. 2004).

El elemento económico de la guerra es algo que también inquieta a teóricos como Herfried Münkler (2004), quien atribuye la aparición de nuevas formas de conflicto en gran medida al bajo coste y oportunidades de negocio que para las partes implica adentrarse en los mismos.

Münkler señala cómo la guerra, especialmente durante la edad moderna no fue un negocio lucrativo. En esta época y con la aparición en escena del Estado, las guerras necesitaban ser resueltas de manera rápida y decisiva, debido a que implicaban un importante gasto en desarrollo armamentístico, reclutamiento, sostenimiento y profesionalización de ejércitos que elevaran el nivel de respuesta y el grado de disuasión frente a las amenazas enemigas. Esta dinámica hizo que si bien la guerra era mucho más costosa y sangrienta, la misma conllevara a la necesidad de buscar por todos los medios un fin rápido de las hostilidades, ya fuera producto de una victoria militar o bien, a través de salidas políticas y acuerdos de paz. A la vez esta manera de entender el conflicto propició una clara diferenciación entre combatientes y civiles, los cuales de alguna manera no se visualizaban como objetivos en los combates. La guerra se producía de Estado a Estado y en cabeza de sus ejércitos, generando una percepción simétrica de la misma, lo que daría paso posteriormente a la posibilidad de construir herramientas jurídicas que regularan y delimitaran el curso de los enfrentamientos.

En los nuevos conflictos armados Münkler señala una reversión frente al modelo estructurado de acción que caracterizaba a los anteriores. Por tanto, los ejércitos estatales han perdido protagonismo ante el surgimiento cada vez mayor de grupos armados desprofesionalizados, conformados a través de improvisadas formas de organización y reclutamiento. De la misma manera, la difusa identidad de los actores, de la mano del traslado



Revista Academia y Virtualidad

de los combates del campo de batalla al seno de los asentamientos de la sociedad civil, ha forzado un cambio en el uso del armamento, en donde las armas más ligeras, económicas y asequibles son la mejor alternativa. Esto, según Münkler, no implica que el costo del conflicto armado sea bajo, por el contrario, es de unas gigantescas dimensiones económicas y humanas para la sociedad, sin embargo, este precio no lo pagan los actores irregulares.

El debilitamiento del Estado también es una característica de este análisis, ya que en este escenario, la privatización en la administración de los recursos naturales y el exponencial surgimiento de nuevas fuentes ilegales de financiación en un contexto globalizado, ha hecho del uso ilegítimo de las armas un negocio ampliamente lucrativo y descontrolado (Keen. 2000; Richani. 2002; Le Billon. 2001)¹. Es entonces, la interrelación entre un aparato estatal débil, la transnacionalización de las fuentes de financiación y el bajo coste de las hostilidades lo que determina la naturaleza y el incremento de conflictos donde *“la guerra se alimenta de la guerra”* (Münkler, 2004).

2. Algunas críticas

El debate sobre el concepto de *“nuevas guerras”* ha convocado no sólo a quienes comparten esa visión de fractura entre un antiguo y un nuevo modo de entender los conflictos armados, sino también a aquellos que apelan al concepto con el fin de tomar distancia. Son varias las críticas que se hacen desde la academia a los postulados que originalmente introdujo Mary Kaldor. Con todo, en la mayoría de los casos las contradicciones suelen ser parciales.

El historiador Daniel Pécaut (2004), señala como la

irracionalidad de la violencia y la vulnerabilidad de la sociedad civil no pueden considerarse en lo absoluto como una particularidad de las nuevas guerras. Las *“atrocidades”* no tienen nada de novedoso, y aunque hubo avances en cuanto a la racionalización de la guerra a través de la creación de herramientas jurídico-internacionales (DIH), éstas pocas veces han sido garantía de cumplimiento. Por último, Pécaut señala que condenar los actuales conflictos al vacío político e ideológico es desacertado, pues si bien la presencia de motivaciones políticas era más evidente en los conflictos anteriores a la caída del muro de Berlín, no se puede atribuir un carácter romántico a la totalidad de ellos, ni despojar a los actuales de la alternativa por plantear propuestas políticas, económicas o sociales.

Sin embargo, también es posible reconocer en el análisis de Pécaut ciertos acuerdos con los postulados de Kaldor y Duffield. El primero de ellos es la pérdida de protagonismo de los aparatos militares clásicos como consecuencia de la modificación de las estrategias de ataque, donde la sociedad civil adquiere un papel protagónico como objetivo militar; y el segundo, se centra en asumir como válida la hipótesis según la cual, la escalada del conflicto se debe en gran parte a la creciente presencia de Estados débiles en incapaces de ejercer el monopolio del control territorial. (Pécaut 2004).

Marshal y Merssiant (2004) también esgrimen importantes críticas a las categorías aportadas por los teóricos de las nuevas guerras para el análisis de la actual dinámica del conflicto. Según estas autoras, hablar de un lenguaje universalizante y progresista como una de las características esenciales de las guerras del siglo XX resulta de un

1. Ejemplo de esto es el tráfico de diamantes, oro y maderas preciosas en África, y el tráfico de opio y cocaína en Afganistán y Colombia respectivamente



Revista Academia y Virtualidad

análisis impropio; del mismo modo que la atribución del etno-nacionalismo como elemento propio de las llamadas “nuevas guerras”.

En este sentido no se debe desconocer que durante la guerra fría muchos grupos insurrectos en realidad no tenían una base ideológica sólida, en realidad fue la lógica de la confrontación Este-Oeste la que obligó a estos movimientos a tomar posición frente a una u otra alternativa, todo ello con el fin de obtener apoyos que permitieran su supervivencia en el marco de un sistema internacional evidentemente polarizado. Asimismo, muchos de estos grupos se sustentaban en fuertes influencias etno-nacionalistas que simplemente quedaban contenidas por el lenguaje político al que obligaba la situación político internacional que se vivía en el momento.

Afirmar que la ausencia de motivaciones políticas, propias de las ideologías universalistas en contienda durante la Guerra Fría, implica un vacío político en los actuales conflictos resulta peligroso, ya que no todas las motivaciones de carácter ideológico tienen que conservar una filiación de orden socialista o liberal. Son muchas las motivaciones políticas de carácter local que se desmarcan de las concepciones ideológicas universalistas propias del siglo XX. Por tanto, la ausencia de estas no implica necesariamente un vacío de motivaciones políticas, sino por el contrario, una explosión de nuevas percepciones ideológicas de orden particular que surgen del seno y de la singularidad de cada sociedad. Si el fin del debate ideológico y de las contiendas por esta causa es el acceso al poder, no se puede negar que así sea de manera local, los actuales actores armados han sabido ejercer el control territorial y el ejercicio de la autoridad en amplias zonas en el interior de Estados afectados por una innegable fragilidad. En tanto, atribuir el adjetivo de simples asesinos y predadores a los

actores de las guerras de hoy en día por el hecho de no enmarcarse en categorías políticas tradicionales, es un claro desacierto.

Por otro lado, identificar la crueldad como característica exclusiva de las luchas intraestatales no es más que el resultado de un estereotipo. Precisamente fue el siglo XX el que logró el deshonoroso título de haber sido el más violento de la historia con más de cien millones de muertes, entre las cuales la mayoría se suscitaron durante los nueve primeros decenios del siglo (Overy. 2005).

Imágenes como las de Ruanda, Sudan, Sierra Leona, Bosnia o las tomas guerrilleras en Colombia, sin duda plantean una presencia degenerada del uso de la violencia. Sin embargo, estas situaciones no toman gran distancia frente a los hechos evidenciados por el mundo durante la primera y segunda guerra mundial, las guerras de Vietnam y Corea, y los diferentes conflictos protagonizados en Oriente Medio.

Así mismo, atribuir la barbarie como herramienta propia de los actores irregulares actuales, implica desconocer las estrategias de exterminio implementadas por no pocos gobiernos con el apoyo de potencias extranjeras en contra de sus opositores, tal y como ocurrió con las dictaduras en América Latina y África entre los años 60 y 80. De la misma manera implica negar el papel que han jugado en Estados como Colombia, el apoyo del Gobierno y de las Fuerzas Armadas a las acciones de grupos paramilitares caracterizados por lo sanguinario de sus ataques. Frente al apoyo popular, no se debe desconocer el papel que la coerción jugó en muchos de los conflictos suscitados antes de la caída del bloque soviético, pensar que los apoyos de la sociedad civil a los movimientos insurrectos en esta época siempre fueron libres y espontáneos resulta ingenuo.



Revista Academia y Virtualidad

En cuanto al coste de la guerra, es oportuno anotar que si bien las “antiguas guerras” resultaban más costosas en términos logísticos, no se puede aseverar tajantemente que estas se adelantaran exclusivamente con recursos propios del Estado o de los grupos rebeldes que surgieron durante la Guerra Fría. No se puede desconocer que el pillaje, el saqueo y el aprovechamiento de los recursos del enemigo siempre han constituido botines de guerra, sin excluir con ello, la explotación económica y laboral a la que son sometidas las propias comunidades que albergan el conflicto. Del mismo modo, los conflictos durante la Guerra Fría se nutrían de un sinfín de apoyos que superaban el ámbito estatal, tanto gobiernos como grupos insurgentes recibían importantes auxilios de las potencias en contienda ideológica, al igual que accedían al mercado negro internacional para robustecer su arsenales y tropas.

En ese sentido, hacer de la privatización y transnacionalización de los recursos una característica que marque una línea divisoria entre actuales y antiguas guerras, nuevamente resulta inapropiado (Marshall y Merksiant. 2004).

El mismo Herfried Münkler se apoya en un análisis histórico para desmitificar la idea de que las guerras de la actualidad son una mutación novedosa, por el contrario, considera que más allá de una evolución, los conflictos actuales plantean una regresión hacia patrones premodernos, en donde la privatización y la rentabilización de la guerra en varias ocasiones fue un común denominador. De no ser así no se podría explicar el surgimiento de fuerzas mercenarias durante los siglos XIV y XV², contratadas por las altas clases sociales para librar batallas en contra de aquellos que pudieran poner

en peligro el “*statu quo*” que su posición ofrecía. Es así que la comercialización de mano de obra para la guerra hizo que los jefes de las milicias contratadas tuvieran poco interés en lograr victorias prontas y decisivas, pues esto significaría la extinción de su “*modus vivendi*” y un riesgo importante para sus vidas, ya que “quienes vivían de la guerra poco interés tenían en morir por ella” (Münkler, 2004).

Como es lógico, los grupos mercenarios sabían de su capacidad de intimidación, por lo que mientras accedieran a los recursos que provenían del pago por sus servicios, se dedicaban al objetivo que se les asignaba, pero cuando éste desaparecía, reconocían en la apropiación de las pertenencias de la población su fuente más próxima de ingresos. Efectivamente el paso de la edad media a la edad moderna implicó un cambio radical en el contexto de la guerra a causa de la aparición del Estado y su capacidad de centralización; no obstante, la transición con motivo del fin del orden bipolar, difícilmente puede ser considerada como un paso hacia formas inéditas de abordar los conflictos. Así pues, lo que presenciamos hoy es un reencuentro con patrones propios de la época medieval.

Es así que un análisis de las actuales guerras resulta un ejercicio más complejo del que se quiere revelar. Por tanto, introducir una serie de etiquetas provistas de características estrictamente definidas es un grave error que se hace evidente al observar la pluralidad de condiciones que identifican a cada uno de los conflictos en la actualidad. Bosnia, Ruanda, Sudán, Chechenia y Colombia son solo un ejemplo de la imposibilidad de abordar un análisis del conflicto a través de una serie de variables preestablecidas que además resultan claramente controvertibles.

2. En este sentido Münkler menciona los casos de los “Condottieri”, los “Reisläufer” y los “Laandsknetchte”, en Italia, Suiza y Alemania respectivamente.



Revista Academia y Virtualidad

En ese sentido, frente a las características comunes y el seguimiento de líneas temporales de orden evolutivo que proponen los teóricos de las nuevas guerras, hay que anteponer el carácter heterogéneo de las realidades y causas que alimentan a las mismas.

Conclusiones

A lo largo de las últimas décadas el estudio académico del fenómeno de la guerra ha adoptado posturas divergentes frente a la manera de entender la realidad actual de los conflictos armados. Evidentemente con el transcurrir del tiempo, a finales del siglo pasado e inicios del presente, la guerra como fenómeno social presente de manera continua en la realidad de la humanidad, experimentó un proceso de cambio respecto a las principales características que la componen desde un punto de vista tradicional.

Las nuevas realidades de este fenómeno social han conducido a que dentro de los espacios académicos se emplee el término de “Nuevas Guerras” para describir este tipo de confrontaciones armadas, las cuales, en muchos aspectos distan de las bases tradicionales sobre las que se construía la concepción tradicional de conflicto armado.

Sin embargo, este concepto de “Nuevas Guerras” no hace alusión de manera tajante a un tipo de conflicto armado con características inexistentes hasta su reciente aparición en la historia de la humanidad. De hecho, presentan puntos concordantes con las características que los conflictos armados presentaban en un periodo pre-moderno, tanto en Europa como fuera de ella.

En este sentido resulta factible identificar algunas circunstancias que Mary Kaldor estima como

características de las llamadas “Nuevas Guerras” en las “Viejas Guerras”. Así por ejemplo podríamos señalar que la capacidad de barbarie, destrucción y mortalidad propia de las llamadas “Nuevas Guerras”, ya se hacían también evidentes en la Segunda Guerra mundial, si observamos como el número de víctimas relacionadas con esta “vieja guerra” se acerca a los 50 millones, incluyendo bajas militares y población civil víctimas de genocidio, limpieza racial y de exterminio mediante el bombardeo y destrucción de ciudades enteras mediante el uso de armas atómicas.

Esto no quiere decir que los postulados de Kaldor, no resulten pertinente frente al análisis de las recientes dinámicas bélicas de los conflictos armados, pues su aproximación de hecho resulta sugerente frente a un fenómeno social que ha estado sometido a profundas presiones y cambios a lo largo de las últimas décadas.

Muchos de los conflictos que son descritos como nuevas guerras ya se encontraban vigentes en el desarrollo del guerra fría, como resultado de tensiones nacionalista, étnicas, y culturales. Sin embargo la tensión bipolar y la contención tanto de americanos y soviéticos, sobre sus respectivas zonas de influencias mantenían estos conflictos controlados, pues su exacerbación podría provocar un escenario de tensión proclive a escalar.

Lo más apropiado, para hacer de esta nueva aproximación una aseveración técnicamente limpia, sería considerar que estos elementos, no son en esencia nuevos, pues no resultan del todo novedosos ya que se encuentran presentes en procesos bélicos de la historia de la humanidad, aunque solo ahora estén aflorando en el escenario internacional.



Referencias

1. Barbé, E. (2004). Relaciones Internacionales. Madrid: Tecnos. Cooper, N.; Goodhand, J.; y Pough, M. (2004). War economies in a regional context. Challenges of transformation. Colorado: Lynne Rienner Publishers.
2. Clausewitz, C. (2008). De La Guerra. La Plata: Ediciones Terramar.
3. Duffield, M. (2004). Las nuevas guerras en el mundo global. La convergencia entre desarrollo y seguridad. Madrid: Catarata.
4. Gilpin, R. (1982). War and Change in World Politics. Nueva York: Cambridge University Press.
5. Herrman, I.; y Palmieri, D. (2003). The new conflicts. Back to the future?. International Review of the Red Cross. 85(849).
6. Kaldor, M. (2003). Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global. Barcelona: Tusquets.
7. Kaldor, M. (2005). La sociedad civil global. Una respuesta a la guerra. Barcelona: Tusquets.
8. Keen, D. (2000). Incentives and disincentives for violence. En: Berdal, Mat y Malone, Davis. (Eds.) Greed and grievance. Economic agendas in civil wars. Colorado: Lynne Rienner Publishers.
9. Le Billon, P. (2001). The Political Ecology of War: natural resources and armed conflicts. En: Political Geography. 20. 561-584. Colorado: Elsevier.
10. Marchal, R.; y Marsiant, C. (2004). Las guerras civiles en la era de la globalización: nuevos conflictos y nuevos paradigmas. En: Análisis Político. 50. 20-34. Bogotá: Universidad Nacional.
11. Münkler, H. (2004). Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia. Madrid: Siglo XXI.
12. Overy, R. (2005). Collins atlas of 20th century history. Nueva York: Harpercollins.
13. Pécaut, D. (2004). Conflictos armados, guerras civiles y política: relación entre el conflicto colombiano y otras guerras internas contemporáneas. Cali: Universidad del Valle
14. Richani, N. (2002). Systems of violence: the political economy of war and peace in Colombia. Nueva York: State University of New York Press.
15. Villegas, F. (1992). Hegel y el surgimiento de la teoría social. En: Estudios: filosofía-historia-letras. Madrid: Alianza.